

CAPITULO 19

Apremiados por la hora, cabalgaban por un sendero, donde la vegetación ahoga el paisaje. Entre risas y gritos, aquella tarde del cumpleaños de Gertrudis, la pareja se empeñaba en acrecentar su vínculo de amor, iniciado hacía meses, cuando se bañaron desnudos en el lago, y la noche se hería del canto de las aves nocturnas. De golpe, habían abierto las puertas del recato.

—Volemos, volemos ahora mi amor, hasta alcanzar la bandada de patos silvestres —imploraba Gertrudis, cogida a la cintura de Joaquín, mientras flameaba su cabellera convertida en pendón de victoria.

“Ahora, ahora, mi amor. Más aprisa...” insistía, dominada por el frenesí, la excitación por el riesgo, al recordar cómo la acariciaba Joaquín y le pedía que se entregara a sus requerimientos. Se hacía tarde y apremiaba regresar a casa, no obstante, la pareja desoía el orden del tiempo.

“Chitan” parecía ser el Pegaso de la mitología. Volaba por el sendero, galopando con elegancia de caballo de carrera, ansioso por arribar a la meta. “Ahora, ahora quiero volar más alto”, apremiaba Gertrudis y la solicitud hería la vanidad de

Joaquín, estimulando su pasión por cabalgar.

Se hacía tarde, aunque persistía la claridad. Otra vez la bandada de patos silvestre manchó el cielo, dirigiéndose ahora al sector del lago, donde hay un cañaveral. Ahí se sitúan los cazadores furtivos y a traición, matan patos. En ese instante el tren que venía de Temuco, llegaba a Puerto Varas y detenía su cansado andar. Lanzaba una bocana de humo, advertencia al fin del viaje.

¿Cómo negarse Joaquín a las súplicas de la amada? Movido por el estímulo de sus palabras, la quiso seducir, mientras a galope tendido, regresaban a casa. “Chitan” parecía arrojar fuego por la nariz y los ojos, atosigado por el jinete. Al arribar la pareja a una curva del atajo, Joaquín realizó una temeraria maniobra de riendas, mientras utilizaba el látigo, para fustigar a “Chitan”. Gertrudis caía del corcel y al quebrarse la columna, quedaba inválida.

Tutti

Javier y Luis se habían conocido en la feria de Carahue, mientras mercaban sus productos, y entendieron, cómo sus vidas se hermanaban, al dedicarse a trabajos de artesanía y tener similares gustos. Aunque Javier era treinta y cinco años

mayor, disponía de aquella versatilidad que le permitía fraternizar con cualquiera. Debido a que ambos no tenían esposa a quien contar sus cuitas, hablarles de amor, las estadías en Carahue las dicaban a beber, copular y entregarse a ensoñaciones, junto a mujeres que también deseaban burlar las contrariedades de la vida.

En el pueblo, siempre ubicaban a quien les ofreciera noches de plenilunio, aunque la luna estuviese ausente. Elixires de amor, bebidos en copas de cristal. Noches, donde la pasión se estira más allá del alba. Luis Onfrey, sin embargo, viajaba a menudo al pueblo. Abastecía a varios almacenes de queso y licores, y sabía cómo aquietar su libídine de joven varón. Por aquí y por allá enganchaba a quien prometía matrimonio, un hogar burgués, las glorias de la vida, pero al final, se escabullía.

Debió, en oportunidades, enfrentar la ira de una familia burlada y siempre sabía cómo escabullirse. El padre de una de sus novias de ocasión, prometió de un balazo perforarle la cabeza, si no ahuecaba el ala. Luis Onfrey, no quiso reincidir y asumió la derrota. Ductilidad de quien sabe ponerse sebo en el cuerpo y resbalar en el oportuno momento.

Cierta noche, mientras los amigos se referían intimidades y bebían en una taberna a la hora de cenar, donde se

hospedaban, Luis se atrevió a referir su condición de leñador en su adolescencia. Necesitó estar bebido, para narrar su historia, cobijada en el silencio.

—Todo comenzó Javier, cuando yo era casi un niño. ¿Puede uno tener experiencias de vida a esa edad? Cierta noche escuchamos a la hora de cenar, a un colega leñador:

—Hoy es nuestra última comida aquí, compañeros — anunció, y se puso a tragar un guiso de papas con lentejas marchitas.

—Quienes lo escuchábamos, pese a la algarabía que reinaba en el comedor, enmudecimos. Afuera, la lluvia abría surcos de herida y se deslizaba entre el bosque de cipreses.

—La empresa Río Baker —continuó mordiendo las palabras— ha quebrado. Se hizo humo. No hay dinero para seguir el trabajo y pagar nuestros salarios. Nos cagaron, pero no hay cómo protestar. Mañana en la mañana, me aseguró uno de los jefes, nos vienen a recoger en la barcaza y nos regresan al continente.

A Luis Onfrey se le anuló el apetito al enterarse de la noticia. Hachero como su padre, había decidido ir a cortar árboles a la isla. Cuando se presentó en la oficina que contrataba a los trabajadores en el pueblo de Caleta Tortel, el encargado le preguntó la edad.

—Tengo 18 años señor, recién cumplidos. Mentí. Tenía 15 a lo sumo, pero la necesidad rondaba nuestro hogar, debido a la invalidez que afectaba a mi padre, alcanzado por la caída de un ciprés que le destrozó las piernas.

—Mañana a las siete, debes embarcar rumbo a Bajo Pisagua, junto a cincuenta hombres. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Alojarás en una cabaña junto a los demás leñadores, y tendrás tres veces al día comida caliente y descanso los domingos. Al cabo de seis meses, puedes regresar al continente, si lo deseas. De lo contrario, te quedas otro semestre en la isla. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Te pagaremos 85 pesos al mes, más un bono de producción, que te vamos a depositar en el banco. De nada te serviría el dinero en Bajo Pisagua. No tendrás nada que comprar ahí; ni siquiera hay mujeres o putas, alcohol, timba ni diversión —y lanzó una risotada— pues solo se va a trabajar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor.

Al anochecer Luis apareció en su casa. A escondidas se metió a su pieza donde apenas cabía la cama. Hizo un atado de ropa. Puso ahí zapatos de suela doble, tres camisas, una

chomba artesanal de lana, calzoncillos de franela, pantalones de tela burda y una navaja para rasurarse, si le crecía la barba.